

Heinrich von Kleist



La marquesa de O

MALDOROR



Heinrich von Kleist

LA MARQUESA DE O...

Traducción:
Jorge Segovia y Violetta Beck

Maldoror ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada
por los editores, viola derechos de copyright.
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original:

Die Marquise von O...

Editions Circé, París 1970

© Primera edición: 2010

© Maldoror ediciones

© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

ISBN 13: 978-84-96817-83-8

MALDOROR ediciones, 2010
maldoror_ediciones@hotmail.com
www.maldororediciones.eu

La marquesa de O...

(Relato basado en un hecho auténtico, sin otro cambio que el del teatro de los acontecimientos, que ha sido desplazado del Norte al Sur.)

Esta historia es para ti, hija mía. ¿En un desmayo? ¡Qué desvergonzada farsa! Sencillamente había cerrado los ojos. Lo sé.

KLEIST
(XIX Epigrama)

En M..., importante ciudad de la Italia septentrional, la marquesa de O..., una dama viuda de intachable reputación, madre de varios hijos esmeradamente educados, hizo saber por medio de los periódicos que sin explicarse cómo se hallaba en cinta, que el padre debía presentarse para reconocer al hijo que iba a traer al mundo, y que –por consideraciones de familia–, estaba resuelta a casarse con él. La dama, que, obligada por aquella ineluctable situación se atrevía a dar un paso tan insólito, poniéndose públicamente en ridículo, era la hija del señor de G..., gobernador de la ciudadela de M... Pronto haría tres años desde que había perdido a su esposo, el marqués de O... (hacia quien siempre mostró el más tierno cariño), en el transcurso de un viaje que le llevaba a París. Por expreso deseo de su venerable madre –la señora de G...–, la marquesa abandonó la campestre mansión cerca de V..., en la que por entonces vivía, y volvió con sus dos hijos a casa de su padre. Allí había pasado estos últimos años, entregada a la lectura y las artes, la educación de sus hijos y el cuidado de sus padres, llevando una recogida existencia, hasta que súbitamente estalló la guerra de... que sitió la comarca con tropas

de casi todas las naciones, incluida Rusia. El coronel de G..., que tenía orden de defender la plaza, sugirió a su mujer y a su hija que se retirasen a sus tierras –bien a las de ésta o a las de su hijo– de los alrededores de V... Pero mientras las dos mujeres sopesaban, de una parte: la zozobra que era esperar si se quedaban en la ciudadela y, de otra, los horrores de la guerra en campo abierto, antes de que hubiesen alcanzado un acuerdo sobre los pasos a seguir, la ciudadela era atacada por los rusos e intimada a rendirse. El coronel hizo ver a su familia que en adelante se comportaría como si no estuviesen allí, y respondió al enemigo con balas y granadas. Éste, por su parte, bombardeó la ciudadela. Incendió los almacenes, avanzó su posición y, como el gobernador, tras un nuevo requerimiento, se negase a la rendición, el enemigo ordenó un ataque nocturno y tomó por asalto la ciudadela.

En el momento mismo en que las tropas hacían irrupción bajo un violento fuego de artillería, se incendió el ala izquierda de la residencia del gobernador, lo que obligó a las mujeres a abandonarla. La esposa del coronel, apresurándose en seguimiento de su hija que bajaba por la escalera con los niños, les gritó que no debían separarse y se refugió en los sótanos. Pero una granada que en ese momento estalló en la casa llevó al límite la confusión en que estaban. La marquesa, con sus dos hijos, llegó a la explanada del castillo, donde los disparos –en pleno fragor del combate– horadaban la noche con sus fogonazos; entonces, enloquecida y sin saber ya a dónde ir, retrocedió y entró de nuevo en la casa en llamas. Allí, para su desgracia, al querer huir por la puerta de atrás, dio con una avanzadilla de tiradores enemigos quienes, al verla, se echaron las armas al hombro y la arrastraron con obscenos ademanes que nada bueno presagiaban. Maltratada por aquella jauría que se la disputaba en reñida lucha y tiraba de ella por un lado y por otro, era en vano que la marquesa pidiera socorro a sus damas que, asustadas, emprendieron la huida. La llevaron al patio

interior del castillo, y ya iba a caer allí bajo las más odiosas vejaciones cuando, atraído por los gritos de angustia de la dama, apareció un oficial ruso que dispersó con furiosos golpes a aquellos perros lúbricos encarnizados con su presa. A la marquesa le pareció como un ángel llegado del cielo. El oficial, con la empuñadura de su sable golpeó en la cara al último de aquellos miserables que estrechaba el delicado cuerpo, de modo que se tambaleó y acabó retrocediendo con la cara ensangrentada. Después ofreció su brazo a la dama, hablándole en francés con cortesía, y muda de espanto como estaba tras las escenas vividas, la condujo al ala opuesta del palacio que aún no había sido alcanzada por las llamas. Allí perdió completamente el conocimiento y se desplomó. Fue entonces cuando... Sus damas, aterradas, no tardaron en presentarse, y él hizo todo lo necesario para que viniera a verla un médico; a continuación, poniéndose el quepis, les aseguró que se repondría sin tardanza y de nuevo fue a incorporarse al combate.

En poco tiempo la plaza fue totalmente conquistada, y el gobernador, que aún se defendía porque no esperaba encontrar perdón, se retiraba con tropas desfallecientes hacia la entrada principal de su residencia, cuando el oficial ruso, con semblante muy encendido, salió de ella y le gritó que se rindiera. El gobernador le contestó que sólo esperaba aquel requerimiento; le entregó su espada, pidiendo permiso para entrar en el castillo a fin de ver lo que había sido de su familia. El oficial ruso, que a juzgar por el papel que desempeñaba parecía ser uno de los jefes de las tropas de asalto, le otorgó su aquiescencia haciendo que una guardia le acompañara; se dio cierta prisa en ponerse al frente de un destacamento, decidió el combate allí donde aún quedaba algún foco de resistencia y mandó ocupar con suma eficacia los puntos defensivos de la fortaleza. Se apresuró en regresar a la plaza de armas, dio orden de sofocar el incendio que se incrementaba y hacía estra-

gos, demostrando personalmente una prodigiosa energía cuando no ejecutaban sus órdenes con bastante celo.

Tan pronto se le veía trepando acá y allá con la manguera en la mano, en medio de las vigas en llamas, y dirigiendo oportunamente los chorros de la bomba, como desaparecía en el interior de los depósitos de municiones, helando de espanto el corazón de sus asiáticos, o sacaba rodando barriles de pólvora y bombas cargadas. El gobernador que, entretanto, había entrado en su residencia, cayó en el más profundo abatimiento cuando supo lo que le había sucedido a la marquesa. Estaba ya completamente repuesta de su desmayo, sin auxilio del médico, como había predicho el oficial ruso, y, contenta de volver a ver a los suyos sanos y salvos, guardaba cama únicamente para aplacar sus exageradas alarmas. Aseguró a su padre que no tenía otro deseo que el de poder levantarse para dar las gracias a su salvador. Sabía ya que se trataba del conde F..., teniente coronel del cuerpo de cazadores de T..., caballero de la orden del Mérito militar y de varias otras. La marquesa rogó a su padre que suplicase encarecidamente al conde que no se marchara de la ciudadela sin haberse dejado ver un instante en el castillo. El gobernador, que respetaba los sentimientos de su hija, volvió al fuerte sin tardanza, y mientras el oficial iba y venía por las murallas pasando revista a las tropas que le quedaban y atendiendo sin tregua a las medidas que se habían de tomar, puesto que no había ocasión mejor de abordarle, allí mismo le participó el deseo y la emoción de su hija. El conde le aseguró que no aguardaba más que el instante en que sus deberes le dejaran algún momento libre para ir a presentarle sus homenajes. Pero en el instante en que acudía a informarse del estado de la marquesa, vinieron varios oficiales a darle partes que nuevamente le arrastraron al torbellino de la guerra. Al amanecer llegó e inspeccionó el fuerte el general en jefe de las tropas rusas, testimonió al gobernador su alta estima, lamentó que el éxito no hubiera secundado mejor su valentía, y, fiado en

su sola palabra de honor, le concedió plenamente libertad para ir a donde quisiera. El gobernador le dio las gracias y le expresó todas las obligaciones que había contraído en aquella jornada hacia los rusos en general y particularmente hacia el joven conde F..., teniente coronel del cuerpo de cazadores de T... Preguntó el general qué había ocurrido, y cuando le refirieron el innoble atentado cometido contra la marquesa, una violenta indignación se apoderó de él. Mandó acercarse al conde F..., llamándolo por su nombre, le felicitó primero en pocas palabras por lo que había tenido de caballeresco su comportamiento personal, lo que llevó el rubor a su rostro, y concluyó dándole la orden de mandar fusilar a los miserables que habían arrojado aquel baldón sobre el nombre del emperador, intimándole a decir quienes eran. El conde respondió con voz vacilante que no le era posible dar sus nombres: a la incierta luz de los reverberos del patio no había sido capaz de reconocer sus rostros. El general, sabedor de que en esos momentos el castillo estaba ya en llamas, se mostró sorprendido; hizo notar lo fácil que es distinguir por sus voces en la oscuridad a personas a quienes se conoce bien, y encogiéndose de hombros con aire contrariado le encargó que llevara a cabo la más minuciosa y severa investigación sobre el asunto. En ese momento, alguien que se encontraba entre las últimas filas se adelantó para decir que uno de los miserables heridos por el conde se había desplomado en el pasillo y que la gente del gobernador lo había arrastrado hasta un cuchitril donde todavía se encontraba. Por orden del general fueron a buscarle unos soldados de la guardia; se le sometió a un breve interrogatorio, y, una vez que hubo dado los nombres de los demás encausados, fueron fusilados en número de cinco. Hecho esto, el general dejó en la fortaleza una reducida guarnición y ordenó al resto de la tropa ponerse en marcha. Los oficiales se dispersaron a toda prisa hacia sus unidades. Mientras corrían atropelladamente de un lado a otro, el conde se acercó al gobernador; le expresó su

pesadumbre por no serle posible hacer otra cosa, en aquellas circunstancias, que enviar a la señora marquesa sus más deferentes respetos. En menos de una hora los rusos habían evacuado la plaza por completo.

La familia consideró que más adelante hallaría ocasión de dar al conde muestras de su agradecimiento. Mas cuál no sería su consternación al saber que, el mismo día de abandonar la fortaleza, encontró la muerte en un enfrentamiento con las tropas enemigas. El correo que trajo la noticia a M... lo había visto con sus propios ojos, mortalmente herido de un tiro en el pecho y transportado a P... donde se sabía con certeza que había expirado en el preciso instante en que los camilleros lo aupaban sobre unas andas. El gobernador, que acudió al correo para informarse personalmente de lo sucedido, supo además que, en el campo de batalla y en el momento de recibir el disparo, el conde había exclamado: "¡Julietta, esta bala te venga!" Y después, pronunciadas estas palabras, sus labios se cerraron para siempre. La marquesa se mostraba inconsolable por haber dejado escapar la ocasión de arrojarse a sus pies. Se hacía los más vivos reproches por no haber ido ella misma en su busca ante su negativa a presentarse en el castillo, negativa inspirada sin duda por su modestia. Compadecía a la infortunada, del mismo nombre que ella, en quien el conde había pensado en el momento de morir. En vano intentó averiguar dónde vivía, a fin de informarle de aquel desgraciado y trágico acontecimiento, y transcurrieron varios meses antes de que hubiera podido olvidarlo.

La familia se vio entonces obligada a desalojar la residencia del gobernador para que se instalara en ella el general ruso. En un principio se preguntaron si se retiraría a las posesiones del gobernador -perspectiva que halagaba mucho a la marquesa-, pero al coronel no le gustaba la vida en el campo; por eso la familia decidió alquilar una casa en la ciudad donde se instaló con carácter definitivo. Desde entonces las cosas volvieron a su antiguo estado. La mar-

quesa se entregó otra vez a la tarea –largo tiempo interrumpida– de educar a sus hijos, y las horas de ocio las dedicaba a la pintura y a sus libros, hasta que se sintió tan indispuesta, ella que había sido la imagen de la salud, que durante varias semanas fue incapaz de estar en compañía de nadie. Sufrió náuseas, vértigos, mareos, y no sabía qué pensar de tan singular estado. Cierta mañana, hallándose reunida la familia para el té, y ausente momentáneamente el progenitor, la marquesa aprovechó para decir a su madre:

– Si una mujer me dijera que experimenta las mismas sensaciones que yo ante esta taza de té, pensaría que estaba encinta.

La señora de G... confesó que no lo entendía. Insistió la marquesa, declarando que acababa de experimentar la misma sensación que tiempo atrás cuando estaba embarazada de su segunda hija. La señora de G... le dijo que probablemente daría a luz una quimera, y se echó a reír.

– Seguramente el padre sería Morfeo o algún sueño de su cortejo –arguyó la marquesa bromeando en el mismo tono. Pero la llegada del coronel interrumpió la conversación, y como la marquesa se restableciera a los pocos días, toda esta historia quedó olvidada.

Poco tiempo después, hallándose en la casa el director forestal de G..., hijo del gobernador, la familia se llevó una enorme sorpresa cuando un sirviente irrumpió en el salón anunciando la llegada del conde F...

– ¡El conde F... –exclamaron al mismo tiempo padre e hija. Y el asombro les dejó mudos.

El sirviente aseguró que había visto y oído perfectamente y que el conde estaba ya esperando en la antesala. El gobernador se precipitó a abrirle la puerta y el conde, como un joven dios, ligeramente palidecido el rostro, hizo su entrada en el salón. Cuando acabó esta escena de inconcebible pasmo, una vez que el conde hubo convencido a los padres de que estaba vivo y bien vivo, empeñados ellos en conven-

cerle de que estaba muerto, volvió hacia la hija un semblante donde se pintaba la más viva turbación, y le preguntó cómo se encontraba.

- Perfectamente -aseguró la marquesa, impaciente por saber de qué manera había vuelto a la vida.

Pero el conde persistió en su pregunta y repuso que ella no le decía la verdad: su rostro denotaba una extraña palidez; o mucho se engañaba o estaba indispuesta y padecía algún malestar. Ella, animada por el acento de cordialidad que ponía el conde en sus palabras, respondió que, en efecto, si él se empeñaba, podía verse en aquella fatiga el vestigio de una indisposición que padeció unas semanas antes; por lo demás, no abrigaba ningún temor de que aquello pudiera tener otras consecuencias. A lo que él, manifestando gran alegría, contestó: "¡Y yo tampoco!", preguntándole a renglón seguido si consentiría en casarse con él. La marquesa se mostró muy sorprendida ante lo insólito de aquellas palabras. Con un rubor subido, miraba a su madre, y ésta miraba a su hijo y su marido con visible apuro. El conde se acercó a la marquesa, y, cogiéndole la mano como para besarla, renovó su petición. ¿Le habían comprendido? El gobernador le rogó que se sentara y le acercó un asiento con una cortesía un tanto envarada.

- La verdad -dijo la mujer del gobernador-, vamos a creer que sois un espíritu hasta que no nos digáis cómo habéis salido de la tumba de donde os enterraron en P...

Soltando la mano de la marquesa el conde se sentó, diciendo que las circunstancias le obligaban a ser breve. Herido de muerte, traspasado el pecho, lo trasladaron a P... Allí, durante varios meses, dudó que pudiera sobrevivir; durante todo ese tiempo, su único pensamiento había sido la señora marquesa; le era imposible describir el placer y el dolor entreverados con que evocaba su imagen. Una vez restablecido, volvió al ejército; muchas veces, a impulsos de una intensa agitación, había tomado la pluma para abrir su corazón al coronel y a la marquesa. Ahora, súbitamente,

lo enviaban a Nápoles con unos partes. No sabía si desde allí le darían orden de salir para Constantinopla; y aún pudiera ser que se viese en el caso de tener que ir a San Petersburgo; entretanto le sería imposible vivir más tiempo sin saber a qué atenerse sobre una imperiosa aspiración de su alma. Al atravesar la ciudad de M..., no pudo resistir a la fuerza que le empujaba a hacer algo por conseguirlo; en una palabra, le acuciaba el deseo de ver cumplida su aspiración de obtener la mano de la marquesa, y le dirigía la más respetuosa, angustiosa y apremiante súplica de que dignara responderle sin rodeos. El gobernador, tras un largo silencio, declaró que esa petición, si iba en serio, cosa que no dudaba, era sin duda muy halagüeña. Sin embargo, a la muerte de su esposo –el marqués de O...– su hija había expresado la decisión de no volver a casarse. Con todo, de poco tiempo a esa parte había contraído hacia el conde una obligación tan grande que no era imposible que su resolución llegara a ser modificada en consonancia con sus deseos. Entretanto, le rogaba en su nombre le concediera un cierto plazo para pensarlo con tranquilidad. Aseguró el conde que aquellas benévolas palabras satisfacían sin duda todas sus esperanzas, que en otras circunstancias le hubieran colmado de felicidad y que comprendía todo lo que había de inconveniente en no contentarse con ellas. Pero tenía motivos apremiantes –sin poder entrar en más detalles sobre el particular– para desear vehementemente una declaración más precisa: estaban ya enganchados los caballos que debían llevarle a Nápoles, y su súplica más angustiosa era que si algo en la casa hablaba a su favor –y al decir esto clavaba los ojos en la marquesa– no le dejaran ponerse en camino sin una repuesta prometedora. El coronel, a quien esta réplica no dejaba de sorprender, contestó que el agradecimiento que sentía la marquesa le autorizaba a hacerle algunas anticipaciones, las cuales, con ser grandes, no eran empero de esa envergadura; antes de dar un paso semejante, en el que iba la felicidad de su vida, no podía

menos que reflexionar con la circunspección necesaria. Era indispensable que antes de dar a conocer su voluntad, su hija tuviera la feliz ocasión de conocerle más a fondo. Le invitó, pues, a volver a M... una vez que hubiera cumplido su misión, de suerte que fuera por algún tiempo huésped de la casa. Si entonces la marquesa podía esperar hallar su felicidad con él, sería el primero a quien encantaría saber que su hija le había dado una respuesta concreta. Un intenso rubor asomó al rostro del conde.

- Tal es el destino que había previsto para mis impacientes deseos durante todo mi viaje -dijo, añadiendo que ahora se veía sumido en la más profunda aflicción. En vista del ingrato papel que se veía obligado a representar en el momento presente, el que se le conociera más de cerca no podía menos de servir a su causa. En cuanto a su reputación -si es que había de tenerse en cuenta la más ambigua de las cualidades humanas-, creía poder garantizarla; la única indignidad que había cometido en su vida era desconocida para el mundo, y se hallaba en vías de repararla. En una palabra, era hombre de honor y rogaba se aceptase su garantía como expresión de la verdad.

El gobernador esbozó una sonrisa, y contestó sin ironía que estaba de acuerdo con todas aquellas declaraciones. Jamás había conocido a un joven que en tan poco tiempo hubiera dado prueba de tan excelentes cualidades de carácter. No estaba lejos de creer que un tiempo limitado de reflexión disiparía cualquier sombra de duda que aún pesara en los ánimos; mas por lo pronto, antes de haber tratado del asunto tanto con los suyos como con la familia del conde, no podía hacerle otra declaración que la que ya había oído. Repuso el conde que él no tenía padre ni madre y que era libre. Su tío era el general K...y respondía de su aceptación. Añadió que era dueño de una fortuna respetable y que podría decidirse a adoptar Italia como patria.

El gobernador se inclinó cortésmente, le expresó de nuevo su voluntad y le rogó que dejara las cosas así hasta el tér-

mino de su viaje. El conde, tras un breve silencio en que dio muestras de la mayor turbación, respondió dirigiéndose a la madre que había hecho cuanto estaba a su alcance para evitar aquel viaje oficial: las gestiones que no había temido llevar a cabo cerca del general en jefe y del general K..., su tío, eran las más decisivas que pudieran hacerse. Pero habían estimado que aquella misión acabaría por disipar la melancolía que su larga postración había dejado como secuela: de ahí la profunda angustia en que se veía sumido. No sabía la familia qué responder a semejantes declaraciones. El conde, pasándose la mano por la frente, añadió que si le quedaba alguna esperanza de acercarse por ese medio al objetivo de sus deseos, intentaría su consecución aplazando su viaje un día o tal vez un poco más... Y mientras decía esto, miraba alternativamente al gobernador, a la marquesa y a su madre.

El gobernador bajaba los ojos con aire descontento y no respondía.

- Marchad, marchad, señor conde -dijo la mujer del gobernador-, emprended vuestro viaje a Nápoles y, a vuestro regreso, otorgadnos el placer de quedaros algún tiempo con nosotros: así, todo lo demás se arreglará...

El conde siguió sentado un instante, como si pensase qué decisión tomar... Luego se levantó y apartó su asiento. Las esperanzas con que había entrado en la casa eran prematuras, tenía que reconocerlo, y no le parecía mal la actitud de la familia en su insistencia en querer conocerle más a fondo; a este fin, iba a devolver sus partes al cuartel general de Z... para que los enviasen por otro conducto, y aceptaba por algunas semanas el amable ofrecimiento de ser huésped de la casa. Así, puesta la mano sobre su silla, de pie junto a la pared, permaneció inmóvil un instante observando al gobernador. Contestó éste que le sería sumamente penoso ver que se acarreama disgustos de orden más grave a causa de la pasión que parecía haber concebido por su hija. Con todo, él y sólo él era juez de lo que debía hacer

o no hacer: podía devolver los partes y ocupar la habitación que se le reservaba. A estas palabras se le vio palidecer; besó respetuosamente la mano de la madre, se inclinó ante los demás y se alejó.

Salió de la estancia y la familia se preguntaba qué había que pensar de un gesto semejante. En opinión de la madre no era concebible que devolviese a Z... los partes que llevaba a Nápoles únicamente por no haber conseguido, a su paso por M..., la respuesta afirmativa que esperaba, en una entrevista de cinco minutos con una dama totalmente desconocida para él. El inspector forestal hizo ver que un acto tan injustificado y caprichoso le exponía cuando menos a la pena de prisión militar...

- Y sin duda a un consejo de guerra -añadió el gobernador-. Pero no hay nada que temer -prosiguió-. A su modo de ver, no era más que una salva de fogeo: antes de devolver sus partes el conde tornaría a la sensatez. Cuando supo los riesgos a que se exponía, la madre expresó el más vivo temor de que en efecto los devolviese. Puesto que su apasionada voluntad no perseguía más que un solo objeto, le parecía sobradamente capaz de semejante acción. Con la mayor insistencia le rogó al inspector forestal que siguiera al conde inmediatamente y le disuadiera de exponerse a todas esas desgracias. Respondió el inspector forestal que esa gestión produciría exactamente el efecto contrario, fortaleciéndole en la esperanza de vencer mediante aquella estratagema. Tal era asimismo el parecer de la marquesa, la cual no obstante aseguraba que aun sin aquella intervención los partes serían indefectiblemente devueltos, pues el conde arrostraría todos los males antes de dar su brazo a torcer. Todos estaban de acuerdo en juzgar de lo más extraño su comportamiento, así como aquella manera, habitual sin duda, de tomar por asalto el corazón de las damas lo mismo que las fortalezas. En ese momento el gobernador vio delante de su puerta el carruaje del conde. Llamó a su familia a la ventana y preguntó sorprendido a un domésti-

co que acertó a entrar en ese instante si el conde continuaba en la casa. Respondió el doméstico que estaba abajo, en el cuarto del servicio, en compañía de un ayudante de campo, escribiendo cartas y sellando paquetes. El gobernador, dominando su gran inquietud, bajó a escape con el inspector forestal, y viendo al conde despachar sus asuntos en unas mesas poco adecuadas para el caso, le preguntó si no quería pasar a su gabinete y si por otra parte no tenía alguna cosa que mandar. Sin dejar un momento de escribir, el conde le expresó su agradecimiento con la mayor humildad, diciendo que lo que tenía que hacer estaba ya concluido. Cerrando la carta y sellándola, preguntó la hora, y, acto seguido, puso la cartera repleta en manos del ayudante de campo y le deseó buen viaje. Partió el oficial, y el gobernador, que no daba crédito a lo que veía, exclamó:

- Señor conde, a no ser que tengáis unas razones sumamente graves...

- Razones decisivas -interrumpió el conde, acompañando al oficial hasta su carruaje y abriéndole la portezuela.

- En ese caso, los despachos -prosiguió el gobernador-, podría llevarlos yo...

- Eso no es posible -respondió el conde, ayudando al oficial a acomodarse en el carruaje-; sin mí, esos despachos no tienen valor alguno en Nápoles. He pensado en ello también. ¡En marcha!

- ¿Y las cartas de vuestro tío? -preguntó el oficial, asomándose por la portezuela.

- Las recibiré en M... -repuso el conde.

- ¡En marcha! -dijo el oficial. Y el carruaje se alejó raudamente.

Volviéndose entonces al gobernador, el conde F.. le pidió que por favor mandara que alguien le indicase la estancia que iba a ocupar.

- Venga conmigo; quiero tener personalmente ese honor -respondió el gobernador desconcertado. Y mandando coger los equipajes a sus criados y a los del conde, le acom-

pañó al aposento reservado a los huéspedes y secamente se despidió de él.

El conde se cambió de ropa y fue a presentarse al gobernador de la plaza. Durante el resto de la jornada no apareció por la casa y no volvió hasta un poco antes de la cena.

La familia había quedado presa de la más viva desazón. El inspector forestal refirió lo categóricas que habían sido las respuestas del conde a ciertas objeciones del gobernador. Estimaba que su actitud tenía todas las apariencias de la reflexión, ¿pero había en el mundo razones capaces de explicar una petición de mano formulada en términos tan perentorios? El gobernador confesó que no comprendía nada e invitó a la familia a no hablar más del asunto en su presencia. La madre miraba a cada instante por la ventana, preguntándose si a la postre el conde volvería, arrepentido de su ligereza, de forma que todavía se pudiera arreglar la cosa. Finalmente, con las primeras sombras del anochecer, se sentó junto a la marquesa, que absorta en su labor parecía evitar la conversación. Mientras el padre iba y venía, la madre preguntó a la hija a media voz si tenía alguna idea de a dónde iba a llevarles todo aquello. Ella dejó caer una mirada tímida sobre el gobernador, y respondió que si su padre hubiera conseguido hacerle salir para Nápoles, todo hubiese ido mejor.

- ¿A Nápoles? -exclamó el gobernador que lo había oído todo-. ¿Es que tenía que haber llamado al cura? ¿O mandarle arrestar y encerrar, y enviarle luego a Nápoles con una escolta?

- No -respondió la marquesa-, pero tratar de hacerle ver cabalmente la situación a una persona nunca está de más-. Y con aire molesto bajó los ojos sobre su labor.

Por la noche apareció el conde al fin. Tras las primeras cortesías, no esperaban todos más que una cosa: que la conversación recayera sobre el tema para lanzarse al asalto con un impulso unánime e inducirle a desistir, si aún estaba a tiempo, del paso que se había atrevido a dar. Pero en

vano fue, durante toda la cena, que se esperara ese momento. Evitando deliberadamente cuanto pudiera conducir a tan espinoso tema, conversó el conde con el gobernador sobre la guerra y con el inspector forestal acerca de la caza. Cuando aludió al combate de P..., donde lo habían herido, la mujer del gobernador la emprendió con el tema de su hospitalización, preguntándole lo que le había acontecido en aquella pequeña localidad y si había encontrado en ella los cuidados convenientes a su estado. Refirió entonces más de un rasgo cuyo interés residía primordialmente en la pasión que denotaba por la marquesa. Durante todo el tiempo en que se debatió entre la vida y la muerte -dijo- había estado ella sentada a su cabecera, y en la fiebre que le abrasaba, siempre confundió su imagen con la de un cisne que viera de niño en la hacienda de su tío. Sobre todo había vuelto a su mente un recuerdo con fuerza especial: cierto día, arrojó fango a un cisne que se sumergió en silencio y reapareció poco después, emergiendo de las ondas en toda su blancura. A ella la veía siempre nadando de acá para allá sobre ondas de fuego, y la había llamado Thinka -tal era el nombre de aquel cisne-, pero que nunca había sido capaz de atraerla, entregada totalmente como estaba al gozo de bogar pavoneándose. Repentinamente, con subido rubor en el rostro, le declaró cuán intensamente la amaba; después, volvió a poner la mirada en el plato y guardó silencio. Por último llegó el momento de levantarse de la mesa: el conde cambió algunas palabras con la madre, y acto seguido se despidió de todos con una reverencia y volvió a su aposento, dejando a los miembros de la familia sin saber qué pensar. En opinión del gobernador lo mejor era dejar que la cosa siguiera su curso. Para haber dado semejante paso, el conde contaba muy probablemente con su parentela. De lo contrario no dejaría de seguirse una acusación infamante. La señora de G... preguntó a su hija lo que pensaba de él. ¿No podría hacer a

fin de cuentas una declaración que evitara una desgracia?
- Mi querida mamá -contestó la marquesa-, eso no es posible. Me acongoja que mi gratitud haya de verse sometida a tan dura prueba. Pues había decidido no volver a casarme. No tengo ningún deseo de jugar por segunda vez con mi felicidad y mucho menos de una manera tan precipitada.

El inspector forestal observó que, si ella lo entendía así, tal declaración no podía ser sino beneficiosa para el conde, y que a su modo de ver era casi una necesidad darle una respuesta categórica. La mujer del gobernador arguyó que aquel joven, en cuyo favor abogaban tantas cualidades poco comunes, había manifestado su propósito de establecer su residencia en Italia. En consecuencia estimaba que su petición merecía algunas consideraciones y que la resolución de la marquesa debía ser examinada detenidamente. El inspector forestal, sentándose junto a ella, le preguntó cómo encontraba al conde en su persona. Ligeramente turbada, la marquesa respondió:

- Me gusta y no me gusta -; y, a su vez, pidió la opinión de los demás.

En el caso de que vuelva de Nápoles -dijo la mujer del gobernador-, y si las impresiones que tenemos acerca de él no se contradicen, ¿qué le contestarías si te volviese a hacer la proposición?

- En ese caso -repuso la marquesa-, puesto que demuestra un ardor tan grande en sus deseos, yo... -Se interrumpió; al hablar le destellaban los ojos: -A causa de la obligación que con él he contraído, daría satisfacción a esos deseos.

La madre, que en el fondo había anhelado siempre que su hija se volviese a casar, disimuló a duras penas la alegría de oír aquella declaración, pensando en todo lo que significaba. Entonces el inspector forestal se levantó bruscamente de su asiento y dijo que, si la marquesa pensaba que cabía la posibilidad de darle una satisfacción concediéndole su mano, era necesario comunicárselo de inmediato para evitar las consecuencias de su precipitada acción. Tal era era

también el parecer de la madre. Sostenía que, en resumidas cuentas, no se arriesgaba mucho con ello y que las excelentes cualidades como las que mostró la noche en que los rusos tomaron la ciudadela, en nada hacían temer que en adelante su conducta no fuese a ser igual. La marquesa bajó la mirada dando muestras de una viva turbación.

- Sin duda sería posible -añadió la madre cogiéndole la mano- darle a entender que, de aquí a su regreso de Nápoles, no tienes intención de entrar en relaciones con ningún otro.

- Querida mamá -dijo la marquesa-, por mí puedo muy bien hacerle esa declaración; lo único que temo es que no sea garantía suficiente para él y venga a complicar todavía más las cosas para nosotros.

- ¡Déjalo de mi cuenta! -repuso la madre con entusiasmo-. ¿A ti qué te parece Lorenzo? -inquirió volviéndose hacia el gobernador, dispuesta a levantarse de su asiento.

El gobernador, que de pie ante la ventana lo había oído todo, miraba a la calle y no decía nada. El inspector forestal aseguró que él se comprometía a que el conde abandonase la casa después de haberle dado aquella seguridad.

- ¡Pues bien, adelante, adelante! -dijo el padre, volviéndose-. Mira por dónde tengo que vérmelas una vez más con ese ruso. La madre se levantó, besó al marido y a la hija, y mientras al padre le hacía sonreír tanta diligencia, preguntó ella cómo se podría transmitir inmediatamente al conde esa declaración. A propuesta del inspector forestal, se decidió enviar a alguien a rogarle, caso de que estuviera todavía vestido, que hiciese el favor de volver a reunirse con la familia por un instante. Así se hizo, y el mandó contestar que no tardaría en hacer acto de presencia. No acababa de dar ese recado el sirviente a quien se le encomendó, cuando el propio conde en persona entraba en el salón. La alegría parecía llevarlo en volandas; presa de la más intensa emoción, se arrojó a los pies de la marquesa. El gobernador quería hablar; pero él, levantándose, le atajó en el acto: de

sobra sabía lo que quería decirle. Le besó la mano, así como a la mujer del gobernador, estrechó al hermano en sus brazos y le pidió, como única merced, que hiciera el favor de ayudarle a encontrar inmediatamente una silla de posta. La emoción de la marquesa ante aquella escena no le impidió decir:

- No será de temer, señor conde, que a impulsos de estas esperanzas vayáis demasiado lejos...

- ¡No, no! -respondió el conde-. Y si los informes que podáis allegar sobre mí no concuerdan con los sentimientos que me han atraído hacia vos en este salón, aquí no ha pasado nada.

El gobernador le dio entonces un cálido abrazo, el inspector forestal le ofreció en el acto su silla de posta personal, un cazador corrió a la posta a pedir caballos, y reinó la alegría con ocasión de aquella partida como nunca reinara para celebrar un recibimiento. El conde dijo que esperaba alcanzar al portador de los despachos en B..., y desde allí dirigirse a Nápoles, por un camino más corto que por M... En Nápoles haría lo posible para librarse del viaje a Constantinopla.

Resuelto, en el peor de los casos, a declararse enfermo, afirmó que si no le retenían obstáculos insuperables, estaría de regreso sin falta en un plazo de cuatro a seis semanas. Su asistente anunció entonces que el carruaje ya estaba enganchado, y todo dispuesto para la partida. El conde cogió su sombrero, se acercó a la marquesa y le cogió la mano.

- Y ahora, Julietta -le dijo-, me siento relativamente más tranquilo, aun cuando mi más entrañable deseo hubiera sido haceros mi esposa antes de la partida.

- ¡Su esposa! -fue la exclamación unánime de toda la familia.

- ¡Si, mi esposa! -repitió el conde. Le besó la mano, y como ella le preguntara si estaba perfectamente en sus cabales, le aseguró él que llegaría un momento en que le comprendería.